VII

Misterios de los bosques

QUIZÁ alguno, al leer estas relaciones de sufrimientos y abnegación, piense que son las visiones de un sueño, de un cerebro calenturiento; pero no; desgraciadamente nada hay en esto de exagerado; es quizá una sola de las espinas de esta punzante corona que ciñó el pueblo en los días de su Calvario.

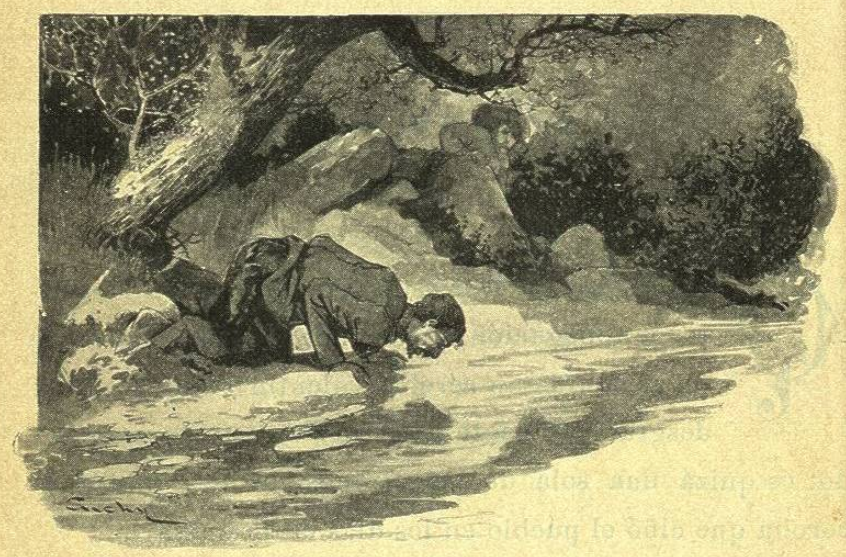
Aún hay mucho que referir, aún hay mucho que saber.

Jorge se había internado resueltamente en los bosques: conservaba el revólver y el puñal, podía defenderse de las fieras; de los hombres nada tenía que temer, porque en el camino que había elegido era casi imposible encontrar uno solo.

Profundos torrentes atravesaban por donde quiera

aquel terreno, llevando en el fondo, sombreado por gigantescos árboles, cristalinas corrientes.

Los troncos y las ramas se entrelazaban formando, más que un muro, un sólido inmenso, y los bejucos y las lianas de todas clases formaban redes y laberintos que hacían más impenetrables aquellas regiones: parásitas desconoci-



das se alimentaban y crecían entre las ramas y en los troncos, y el musgo lo invadía todo, las peñas, la tierra, los troncos y las lianas.

Aves de todas clases volaban entre el follaje, y cantos y gritos extraños atronaban la selva.

Saltando unas veces sobre los picos de las rocas, arrastrándose otras, abriéndose paso con su puñal entre las

ramas y los bejucos, trepando con el auxilio de las manos y de las rodillas, Jorge avanzó hasta que ya el sol comenzaba á ponerse.

Estaba fatigado, quiso descansar junto á un arroyo, y se sentó.

Las chicharras levantaban un concierto triste y monótono; sus mil cantos formaban una especie de rumor, de zumbido, que desvanecía, que ensordecía.

De repente oyó Jorge el grito que lanzan en su cólera las urracas, y que anuncia siempre la aproximación de un hombre.

Las urracas vuelan de un árbol á otro, por delante de los caminantes, lanzando chillidos destemplados.

Jorge lo sabía: los gritos de los pájaros se percibían cada vez más cerca, y las chicharras habían callado; era indudable que se acercaba un hombre: entonces se ocultó detrás de una peña.

La maleza se movía y crujía al otro lado del arroyo; las ramas se abrieron, y Jorge pudo ver á su amigo Murillo, que, pálido, sin sombrero y con el vestido desgarrado, se arrojó anhelante en el suelo para beber del agua que corría á sus pies.

Jorge salió de su escondite; Murillo alzó la cara, y los dos amigos se arrojaron llorando el uno en los brazos del otro.

Había una ternura inmensa en aquellas lágrimas.

Quizá serían las primeras que derramaban aquellos hombres, después de sus llantos de niños.

—Jorge, tú estás herido: ¿en dónde? ¿estás muy malo? Dime, siéntate, te ayudaré, ven aquí, sobre esta piedra: ¿dónde está tu herida?

—Cálmate, Murillo; estoy herido, pero aún tengo fuerzas; caminaremos hasta encontrar algún rancho, y allí me curaré.

—Pero enséñame tu herida, no te habrás curado nada: ¡pobrecito! á ver, ¿dónde es?

—Aquí, en la cabeza, dijo Jorge quitándose el sombrero y mostrando su cabeza, á la que se había pegado el pañuelo con la sangre.

—¡Jesús! ¡pobrecito! ¡pobrecito! decía Murillo, examinándole con la ternura de una madre; ven, acércate al arroyo, te lavaré, lavaré el pañuelo. Esa sangre coagulada puede dañarte, ¡hace tanto calor! Ven, ven, hijo, agárrate; ¿te duele mucho? Quéjate, quéjate, no me he de enfadar; pégame si te lastimo—y sus ojos se arrasaban de lágrimas, que limpiaba con su tosca mano á cada momento, porque nublaban su vista. La operación fué larga y dolorosa: era preciso arrancar el lienzo adherido á los hinchados labios de la herida, apartar de allí los cabellos que habían formado con la sangre un cuerpo compacto y duro. Murillo lo hacía con tal cuidado, con tal ternura, que el herido no se atrevía ni á quejarse por no apenarle.

Cuando acabó de lavar el pañuelo y vendar la cabeza de Jorge, era ya de noche; los últimos resplandores del crepúsculo se habían extinguido, y la luna, brillante y pura, se levantaba en un cielo sereno.

El hambre comenzaba á atormentar á los dos fugitivos, pero nada se decían.

Hay momentos en que la desgracia da á los corazones más duros instintos sublimes de delicadeza.

Nada se decían, y sin embargo, la necesidad era urgente.

—Murillo, ¿cómo escapaste? dijo Jorge.

—Ni yo mismo lo sé: me interné en el bosque al separarnos, y no he dejado de caminar ni de pensar en ti, hasta que nos hemos encontrado. ¿Y tú?

—Lo mismo: un dragón me hirió y me creyeron muerto: después, como Dios quiso, llegué hasta aquí, donde nos hemos encontrado.

—Y no ha sido mala fortuna: ¡qué demonio! ya juntos los dos, que vengan penas. Pero tú estarás muy cansado; duerme un rato, yo velaré. ¿Traes tu pistola?

—Sí.

—Yo también; estamos de buenas, acuéstate.

—Pero, hombre...

—No hay pero, duérmete, que yo velo: otra vez lo harás tú conmigo; conque ¡eh! ya no te contesto aunque me hables.

Jorge se reclinó y quedaron los dos en silencio.

La noche tiene en los bosques ruidos y armonías misteriosas y desconocidas.

Aves que cantan á las sombras, á las estrellas, á la luna.

Reptiles que silban entre la hierba, insectos que zumban en la obscuridad.

Fieras que salen de sus guaridas á buscar su presa ó á calmar su sed.

La noche en un bosque tiene algo que revela los primeros días del mundo.

Se sienten crecer los árboles y las plantas.

Se adivina brotar la hierba.

Parece que Dios pasea entonces su mirada sobre la tierra.

El corazón siente el misterio y el alma concibe la superstición.

Los ruidos ó el silencio, todo habla con Dios, todo conmueve al hombre.

El ateísmo es imposible en el bosque durante la noche, como lo es en el mar.

Un movimiento fuerte entre la maleza hizo levantar la cabeza á los dos chinacos.

Un gallardo venado se acercaba confiado al agua á pocos pasos.

— ¿Le tiro? dijo Murillo muy bajo.

— Sí, contestó Jorge, apúntale bien; es nuestra cena.

Murillo sacó la pistola, apuntó detenidamente y salió el tiro.

A la luz de la luna pudo verse al venado, que dió un salto terrible y cayó entre la hierba.

— ¡Moro al agua! gritó Murillo corriendo hacia aquel punto.

El venado se agitaba en las últimas convulsiones; Murillo le acabó de matar con el puñal. Después le arrastró hasta donde estaba Jorge, y más listo que un carnicero, comenzó á quitarle la piel; á poco el animal estaba destazado. Jorge miraba silenciosamente á su compañero.

— Ahora la lumbre, dijo Murillo.

Y se levantó.

Reunió algunas varas delgadas, otras más gruesas, y trajo después un puñado de hierba seca.

Arrancó un pedazo de su camisa, que era de algodón, y envolvió con ella la punta del puñal, sacó después de la bolsa un cápsul de fusil, introdujo esa punta dentro de él, y rascó un poco. El mixto del cápsul se inflamó y el pedazo de camisa quedó ardiendo como una mecha.

Colocó este fuego dentro del puñado de hierba seca que tomó en su mano, agitó el brazo violentamente varias veces, sopló con la boca, y la llama se levantó.

Un momento después ardía una gran hoguera, y un trozo de venado daba vueltas en un asador de madera.